Cultura a la contra

Milenio

LA otra noche, presa del habitual insomnio ciudadano, con miedo a salir a la calle por si las bombas de los fachas me cogían en algún bar decente y sin un duro en el bolsillo —estado este mucho más condicionante para no salir que el miedo a las bombas, a las que ya empezamos a acostumbrarnos en Madrid—, puse la radio. Escuché entonces a un joven —unos veinte años le calculé por la voz— que nos avisaba de algo que todos los profetas que se precien han anunciado: el fin de los tiempos. Organizaba el joven también un camping para prepararse a tan terrible acontecimiento. Bueno, pensé yo: una locura más para el verano, un disparate de esos que pueden desembocar en terribles chascos o en buenos dineros para quien sepa manejar la broma como negocio.

Pues, por lo visto, es más que eso. Todo el mundo se preocupa ahora del milenio, del "diluvio que viene", de la Era de Acuario y demás zarandajas, disfrazadas a veces de ecología o de falsa tecnología de ciencia-ficción antigua. Todo el mundo, o casi todo el mundo, se ha contagiado de esta locura de terror, de ese miedo abyecto a la muerte de todo. Unos, por la crisis de la energía, en la que ven el final de la cultura en que vivimos. Otros, temerosos de que las centrales nucleares les estallen en las narices cualquier día; algunos más, por creencias religiosas o místicas —la Era de Acuario—; y muchos otros, contagiados por el miedo general, basándose en interpretaciones históricas o pseudohistóricas de la realidad actual.

Incluso con el asunto del "Skylab", se ha vuelto a resucitar el miedo de los galos a que el cielo se les cayera encima. Se han hecho incluso conjuros colectivos en los conventículos de las brujas "jipis", para evitar tan terrible desgracia; y algunos listillos han inventado paraguas antiaerolito. Se denuncian también, para el mítico año dos mil, terremotos de distinta índole, apariciones de signos en el cielo, emersión de Atlántidas y sumersión de otras zonas pobladas de la Tierra. Y guerras nucleares, y bombas de neutrones, y hambres generalizadas, y contaminaciones de las aguas y de los aires. El último programa de "Erase una vez el hombre" nos mostraba un cuadro fantacientífico del año dos mil y pico: la Humanidad huyendo en cohetes hacia otros planetas mientras el suyo estallaba.

Hasta los argentinos —que deberían ocuparse de cosas más urgentes, como derrocar a Videla— se preocupan por estos asuntos: el Grupo Cero —ellos cantan, bailan, psicoanalizan y escriben poemas, todo ello a precios módicos— llaman a su revista "Apocalipsis Cero". Hay una cierta inquietud, un miedo a lo que pasará. Un miedo que, creo yo, debe enmascarar el miedo más difícil de soportar a lo que realmente está pasando ya, y a lo que ha pasado. Es como el miedo al infierno o la búsqueda del paraíso: ponemos nuestros temores y nuestras esperanzas tan lejos, que no vemos aquello que pueda ser verdadera e inmediata causa de terror: el increíble aumento del coste de la vida, o la disminución radical de la libertad, por ejemplo, en el mundo entero.

Desde luego, detrás de toda esta campaña de terror debe haber alguien, ese alguien que no tiene un rostro definido, sino muchos rostros y muchas cuentas en Bancos; alguien que se ve amenazado en sus intereses inmediatísimos y que trata de desviar de él nuestra atención, ocultándose tras las catástrofes como tras cortinas de humo. Yo he decidido, personalmente, no preocuparme más por los milenios. Hay cosas que llaman mucho más mi atención.

Y, mientras tanto, follemos, que el mundo se acaba. ■ ***EDUARDO HARO IBARS.***

pero también es cierto que ambas son vistas comúnmente más bien como factores de alienación y de muerte. El nihilismo, el absurdo e incluso la ironía que caracterizan al arte del siglo tienen mucho que ver con ese terror a la Bomba y a la Máquina.

¿Puede prolongarse esta situación por mucho más tiempo? Para Davenport, es preciso en beneficio de todos, acabar con el mutuo desconocimiento entre las dos categorías: la de científicos puros y la de humanistas igualmente puros.

Tal vez, nos dice el autor, un buen principio de solución, por lo que se refiere a los técnicos, esté en los nuevos programas para las escuelas de ingeniería británicas, en las que ya no se enseñan al alumno unos saberes meramente instrumentales, sino que se le explica, entre otras cosas, el porqué del cambio social en que está inmerso, el papel que en el mismo desempeña la tecnología, cuál es la función del ingeniero en la sociedad y otros conocimientos que le permitirán adquirir perspectiva suficiente para contemplar el propio trabajo como parte de un todo superior.

De igual manera, y de modo inversos, habrá que despertar el interés del estudiante de Humanidades por el mundo de la técnica; habrá que enseñarle a ver en ésta no sólo una amenaza, sino, en muchos casos, un bien insustituible. Siempre y cuando, claro está, quienes trabajan con ella desarrollen un sentido de compromiso, de responsabilidad y sobre todo de solidaridad con el hombre.

Tal es el sentido general de la respuesta, ciertamente optimista, que da Davenport al problema planteado, hace ya veinte años, por C. P. Snow. Y es una lástima que el autor ignore toda la abundante literatura marxista dedicada al tema. Tal como está, el libro queda evidentemente cojo. Esperemos que algún próximo volumen de esta nueva y oportuna colección titulada "Tecnología y sociedad" venga a colmar esa y otras lagunas. ■ **JOAQUIN RABAGO.**

"La comunión de los atletas"

La homosexualidad es un tema de difícil tratamiento; hasta hace poco, en España se ha ve-

Vicente Molina-Foix.

nido considerando como algo inexistente, o bien reprobable, y conste que me refiero a la pacata y viriloide España de posguerra, ésa que no debemos olvidar nunca. Vicente Molina-Foix, novelista, joven, y con esa pizca de snobismo tierno que hace a los verdaderos talentos, ha abordado el tema con maestría en su novela **La comunión de los atletas** (1). Novela que va mucho más allá del puro tema homosexual, y que indaga —en un difícil procedimiento narrativo, que a veces nos recuerda al Cocteau de **Les enfants terribles**, pero a un Cocteau descarnado, duro y verdaderamente terrible— en las fuentes de la infancia, en los gimnasios de colegio, en el aroma inconfundible y preciso del sudor de adolescente. Dos personajes ya mayores recuerdan su tiempo perdido, lo buscan con verdadera desesperación, embarcándose para ello en una mascarada sexual, repitiendo ritualmente los gestos eróticos que habían soñado en su infancia. Hasta que el sueño se vuelve demasiado físico para ellos, y entran —al encontrar, por fin, el tiempo perdido— en un universo visceral, excremencial. Es el cuerpo el que por fin triunfa, el cuerpo del que hay que huir, porque siempre son preferibles los horizontes malva del sueño.

El ambiente de esta novela es por completo onírico; no tiene nada del surrealismo elegante de un Pieyre de Mandiargues, aunque en algún momento puede recordar el desgarro corporal de un Bataille, sin llegar a su crudeza fría y distante. Y es que, segu-

(1) Alfaguara. Madrid.